

EL PRIMER PERIODISTA DE NICARAGUA

DON ANSELMO H. RIVAS

APUNTES BIOGRAFICOS

Todavía en tiempo de la colonia, en las primeras décadas del tormentoso y atormentado siglo XIX, vivía en la ciudad y puerto de Granada Anselmo Inés Rivas, un mulato inteligente, honorable, trabajador y sagaz, que había logrado adquirir la profesión de Procurador Judicial, y una posición en el patriciado criollo y entre la burocracia peninsular, que tuvo la cualidad colonizadora de no cerrarse por necias preocupaciones de raza. Se casó con doña María Asunción Morales, señorita bien, perteneciente a una de las viejas familias de la ciudad, consolidando así su condición social. Después de la Independencia, se trasladó el matrimonio a Masaya buscando auge a la profesión del Procurador, y en esa ciudad, entonces villa, en la calle de Diriega, el 3 de noviembre de 1826, nació Anselmo Hilario Rivas, cuando se reunía, entre anárquicos vaivenes, la primera Asamblea para organizar en forma constitucional a Nicaragua, como un Estado de la República de Centro América, ayer Capitanía General de Guatemala.

El Procurador, que había conquistado su propia posición con el cultivo de la inteligencia, comprende que el porvenir de la sociedad, su progreso moral, se atiende mejor procurando educar, elevar y pulir, cada uno su propia prole. Se preocupa de la educación de sus hijos. Mal anda la instrucción pública. Nuestros abuelos han destruido las órdenes religiosas por amor al progreso, y han dejado a sus hijos huérfanos de maestros. El Procurador desea suplir las deficiencias, hasta donde sea posible, con profesores a domicilio que enseñen las primeras letras al niño Anselmo. La madre le infunde en el corazón y en la mente las máximas de la doctrina cristiana. Ella percibe sus disposiciones para la música y le provee de un profesor que le adiestra en el manejo del violín y de la guitarra, instrumentos que le servirán de sedante tras las horas agitadas y le ayudarán al cultivo de la armonía de su estilo.

Trascurrida en Masaya la infancia, y concluida la primera educación, el mozo Anselmo, junto con su hermano Pedro, ya huérfanos de padre, se traslada a Granada para continuar sus estudios. La Asamblea Legislativa, que cree que todo se remedia con leyes, ha creado por decreto una especie de enseñanza libre, abriendo cátedras de filosofía y de latín en los lugares donde se puedan encontrar maestros idóneos. El gasto corre por cuenta de las municipalidades. En las aulas abiertas en Granada se enseña filosofía, pero la base de la instrucción es el latín, en cuya enseñanza se pone el esmero legado por las ausentes órdenes religiosas. Don Anselmo forma su inteligencia con ese método clásico que la fortalece y la ennoblece. Terminados sus cursos con la adquisición del latín,

continúa su desenvolvimiento intelectual como autodidacto. Prefiere el estudio de las lenguas muertas y vivas. Logra aprender algo de griego y llega a dominar de manera admirable el inglés y el francés sin haber salido del país, y se entregó con entusiasmo a la lectura de los grandes autores de esas lenguas extranjeras, que fueron factores en la orientación de su cultura.

¿Cuál era el ambiente en que se desarrollaba la mente de un joven intelectual nicaragüense del año 1845? La nación había caído desde la Independencia en la anarquía. Acostumbrado el pueblo al respeto de una autoridad lejana, que reverenciaba en la persona de un rey invisible, al sentirse desvinculado de ella, no admitía la respetabilidad de poderes fabricados ante sus ojos. Toda autoridad resultaba débil y efímera. En lo social dominaba la preocupación igualitaria, que las muchedumbres expresaban en algarradas callejeras, gritando *se acabaron los dones*. La gente bien, atemorizada, deseaba hacer olvidar su tradición colonial, ocultar todo signo de hidalguía y de ascendencia española. Se modificaba el uso de los apellidos para democratizarlos, y los más tímidos, para adular a la plebe, blasonaban de falsa humildad de origen. Era el fermento de la demagogia que puso en peligro de ruina a la América Española. Algunos varones valerosos, sin embargo, comprenden ese peligro, y principian a reaccionar por la aspiración a una autoridad robusta, a un ideal de jerarquía. Se deciden a participar de manera directa en la política, asociándose y compactándose en una especie de patriciado republicano para la defensa del orden social.

Las inteligencias estaban bajo el dominio del romanticismo, que se manifiesta en una ansia de superación individual sobre el medio, de ruptura de toda disciplina colectiva, de pasiones desorbitadas, de amores violentos, de fluctuaciones de ánimo entre un negro pesimismo y un loco optimismo.

La colonia se había distinguido por el tranquilo desenvolvimiento de los factores raciales, culturales y económicos. Prevalció en ella el colectivismo de clases y de gremios ordenados y jerarquizados para la mayor eficacia social. Fue el remanso que siguió a la brava corriente de la conquista, tiempo de recio individualismo, de acciones dispersas recayendo sobre una sola enorme empresa imperial. La colonia fue la época clásica de trabajo metódico y pacífico que logró el milagro de formar, con una raza todavía en proceso de mezcla, una sociedad estable y bastante feliz. Con la Independencia renace el romanticismo individualista de los conquistadores, pero obra desordenadamente, sin grandes propósitos constructivos.

Ese romanticismo social es esforzado por la lite-

ratura romántica a cuya lectura se entregan los jóvenes. Las relaciones intelectuales más activas con el exterior, consisten en la importación de libros románticos de autores españoles o traducidos del francés. Se reciben periódicos, con especialidad el "Noticioso de Ambos Mundos" que se edita mensualmente en Nueva York. Las inteligencias se empapan en la lectura de Mariano José de Larra, de El Solitario, de Mesonero Romanos, de las traducciones de Chateaubriand y de Víctor Hugo, que animan las columnas de esa revista.

Don Anselmo, que ha devorado los clásicos latinos y españoles en la vieja y apollada librería de don Pedro Chamorro, se embriaga ahora en la literatura romántica, en las librerías de jóvenes pudientes amantes de la lectura. Lee a los enciclopedistas y a Rousseau en la casa de Monsieur Pedro Rouhaud, un francés bonapartista, gentil y caballeroso, que el terror blanco arrojó a nuestras playas. Frecuenta las tertulias que se forman en las casas ricas para leer y comentar revistas y libros recién llegados. Su alma se exalta con deseos imprecisos de figurar y dominar en el plano del pensamiento y en el campo de la acción política.

Pero es pobre, y las necesidades de su misma buena posición le acucian y le piden actividades mejor remuneradas. Vuelve los ojos de la codicia, como todos los jóvenes de su tiempo, hacia el Atlántico, por la vía del Desaguadero, en donde está la fuente y el curso del comercio próspero de la ciudad. El año de 1846 marchó a San Juan del Norte, que entonces era puerto libre, muy surtido de cosas importadas. Cayó en la tentación del contrabando, que era el episodio comercial de la vida romántica, porque significaba sublevación contra la impertinente autoridad del Fisco, aligeramiento subversivo del ritmo del viaje hacia la riqueza. Oí contar a don Anselmo una jornada arriesgada y risueña de sus trabajos de contrabandista. En aquellos años el negocio clandestino de la pólvora era pingüe, porque su introducción estaba restringida por recargos del Fisco. En San Juan del Norte se hizo preparar unos toneles que en los extremos contenían blanca harina, y en el medio llevaban la panza repleta de pólvora negra. En El Castillo pasó el cargamento perfectamente como harina a pesar de los rigores de la Aduana, pero don Anselmo me contaba el rato de congoja que le hizo pasar el guarda, muy su amigo, cuando sentados los dos fumando, quitaba a cada rato la ceniza de su cigarro sobre la barriga del barril llenita del peligroso explosivo.

Como resulta de todos esos elementos formativos de la individualidad y del carácter, salió don Anselmo con una psicología compleja y móvil. Su inteligencia es clasicista, razonadora, busca la lógica y el buen sentido, pero su temperamento es inquieto, vehemente, desordenado, imprevisor por razones étnicas y por las influencias románticas. Es alegre, practica la música, le gusta el canto y se enamora con gran facilidad. Sumamente sociable, anima las tertulias y los paseos a las costas del Lago las noches de luna, con su guitarra y con su charla inagotable. Pero todas esas distracciones no le hacen abandonar el estudio, de que su juventud vive sedienta.

Su lectura no fue dirigida por maestro. Recoge las ideas dispersas, pero las ordena en su mente con la regla clásica que le dejaron trazada sus primeros estudios. Principia a escribir en los periodiquitos vanderos de la época, hace crónicas de las fiestas de sociedad, escribe versos, y de vez en cuando se atreve con los temas serios. Por esas condiciones suyas de multiplicidad, goza del aprecio de los hombres y arrastra la simpatía de las mujeres, y los directores de la política se fijan en él, como en un elemento aprovechable para la organización del incipiente Estado.

El árbol de su existencia está listo para dar frutos. Hasta la fecha sólo ha producido flores, de poesía, de amenidades, de tertulias y salones. Es hora de tornar seria la vida, de dirigirla a la conquista de fama y bienestar en el servicio de una buena causa. Como pasa a los jóvenes nicaragüenses de todos los tiempos, para hacer carrera intelectual, no le quedan más que dos caminos: la política y el periodismo. Mejor dicho, no le queda más que un solo camino: el de la política, bifurcado en la acción y en las letras. El partido a que estaba adscrito llegó al poder con la elección para Director Supremo del Estado del Licenciado don José Laureano Pineda, con quien ha cultivado una buena amistad entre mayor y menor. Fue nombrado Jefe de Sección de un Ministerio con treinta duros de sueldo al mes. Trabaja bajo la férula de don Fruto Chamorro, que fue no sólo su primer jefe de oficina, sino el rector de su conducta política. Lo impresiona hondamente la robusta personalidad del caudillo del patriciado granadino, la rectitud de su carácter, la gravedad de su pensamiento. Don Fruto, aleccionado por las desgracias, en medio del desorden caótico, divisa el rumbo para regresar a una autoridad respetable. A su servicio don Anselmo disciplina la voluntad en un trabajo dirigido hacia un fin que satisface a su inteligencia. Pero lo móvil de su espíritu romántico se inquieta en la monotonía de la oficina, y se escapa hacia un periodismo jugueteado ejercido detrás del seudónimo, muy en boga entonces, y hacia los pecados de la carne, que fueron el resbaladero de su ardiente temperamento de mestizo.

Si hubiera nacido en un medio de mayor cultura, seguro se entregaría a actividades meramente intelectuales. La literatura le seduce y tiene grandes disposiciones para ensayista. En España, por ejemplo, llegaría a ser un historiador de nota y un artista de la palabra escrita. Pero la política lo tiene cogido y no le soltará. Pineda había despertado esperanzas de orden en el país. Desarrolló una política conciliadora en la que colaboraban los extremos, representados por don Fruto y por el Licenciado Castellón. Su gobierno era de selección, pero por desgracia la clase selecta e ilustrada no estaba compacta en el país para poder formar con ella un verdadero partido conservador. Las dos ciudades guiones, Granada y León, discrepaban en aspiraciones por intereses localistas, agriados cada vez más desde el año de 1844, por fútiles resentimientos, y desacreditaban sus élites empeñándolas en miserables peleas. Además, la autoridad es débil, porque los poderes civil y militar no convergen a un solo mando. La malhadada creación de la Coman-

dancia General ha hecho un peligro del ejército, que debía ser sólo denominador común de los otros poderes. En el choque de esas fuerzas, el Director Supremo Pineda fue desposeído de la gobernación, y arrojado del país por el Comandante General Muñoz. Pero esa crisis dio lugar a que el país conociera a un jefe verdadero, don Fruto, que en Granada improvisa milicias con una oficialidad formada por jóvenes de las buenas familias a quienes obliga al servicio militar. Obra con energía, con rectitud, y con una lealtad ya olvidada en la inmoralidad de nuestras luchas civiles, restituye en su puesto a Pineda, y rinde, como tributo patriótico, a la autoridad civil los respetos de la fuerza militar. Con esos procedimientos el caudillo vigoroso gana la adhesión de aristocracia y pueblo, y logra formar una agrupación a la que imprime movimientos concertados para realizar un programa. Terminado el período de Pineda, don Fruto sale a la palestra como candidato a quien se confía la misión de unificar los mandos civil y militar. Don Anselmo es un fervoroso partidario de esa candidatura. Aunque su alma no se compenetrará con el alma rectilínea de don Fruto, se prenda del caudillo a quien quiere seguir en la grande aventura que va a correr como restaurador del orden. Don Anselmo funda grandes esperanzas de prosperidad nacional y de prosperidad personal, que bien se pueden sumar esas aspiraciones en el triunfo de su General Chamorro.

Llegó al poder don Fruto, y don Anselmo es confirmado en su puesto de Jefe de Sección y para mayor honra se le agregan las atribuciones y labores de redactor de *La Gaceta* y Traductor Oficial, pero los treinta duros de sueldo al mes no varían. El empleado sufre estrecheces, pero no hay tiempo para las quejas porque todos trabajan en la obra de reforma que se va a emprender. Nicaragua tiene una indefinida posición internacional. No forma parte de la Federación de Centro América, dispersada por la fatalidad, pero no ha adquirido tampoco personalidad nacional para entrar en el concierto de las naciones civilizadas, y gozar de crédito en lo económico y de buenas y directas relaciones en lo político, porque su soberanía está imprecisa en el concepto jurídico que nace de la Constitución vigente, que la declara perteneciente a la Federación, en contradicción de la realidad política en la que figura como Estado independiente. Además, los períodos sumamente breves para el Supremo Mandatario hacen inestable al gobierno, que no despierta confianza en el exterior ni respeto en el interior. Don Fruto convoca una constituyente que cambia la Dirección Suprema en Presidencia, alarga de dos a cuatro años el período, y delinea a Nicaragua como una República soberana e independiente. Se expresa con franqueza y procede con energía a ordenarlo todo. El país no está acostumbrado a esos trazados precisos de la autoridad, y el fermento de los antiguos vicios demagógicos prepara la revolución. Vuelve la guerra civil. Don Anselmo va a la campaña tras el Jefe y lo arrastra la vorágine. Después de la derrota de El Pozo cae prisionero. Espera consideraciones del General Máximo Jerez con quien ha cultivado una buena amistad. Pero Jerez es el revoltoso típico que no domina sus huestes, y lo abandona a la furia revolucio-

naria. Lo arrojan en un calabozo con una barra de grillos en los pies y le notifican pena de muerte. Un italiano rico y generoso, don Santiago Peccorini, prendado de su talento y de sus buenos modales, lo compra, así como suena, lo compra por fuerte suma de dinero a sus guardianes y se lo lleva a El Salvador, en donde lo protege con esplendidez y lo estimula a volver al estudio, en la preparación de una carrera profesional. Pero su alma ha recibido el filtro del proselitismo que ha envenenado a las generaciones de jóvenes nicaragüenses, y abandona el buen acomodo para volver a las luchas políticas. La guerra destruye a Nicaragua. Su hermano Pedro ha sido fusilado por el ejército democrático. Esto significa que su familia ha dado ya la contribución de sangre con que se inscriben en los partidos los grandes apellidos de Nicaragua, para una contienda inacabable que ha devorado las mejores energías de cuatro generaciones.

Cuántas cosas han sucedido durante la ausencia de don Anselmo. Ha variado mucho el escenario de sus figuraciones de mozo. Es el período más intenso y vertiginoso de la historia patria. La guerra ha sido de exterminio. Ha muerto don Fruto y con él se ha apagado la última vislumbre de la autoridad. A la energía de la acción en la defensa y en el ataque, ha sucedido la intransigencia inactiva de los sucesores de Chamorro. Jerez, que carece de la resignación patriótica de la derrota, por despecho o por temor ha llamado a los filibusteros. Las esencias de la nacionalidad y de la raza están a punto de perecer. Centro América se ha conmovido. Como un claro de luz en tanta neblina, alumbró el sol del 12 de septiembre de 1856. Los partidos han hecho a un lado sus intereses y las ambiciones de sus hombres, por la reacción del concepto patriótico y heroico, y han unificado sus filas para la defensa de la independencia. Don Anselmo embebió su cerebro en ese patriotismo que se manifiesta en trabajos y dolores, lo acoge en su corazón como la virtud predilecta, y lo guarda para lema de sus empresas de publicista.

Después de la guerra nacional viene la reorganización de la República. Cooperan en ella los elementos discordes de ayer. Don Anselmo tiene ya una sólida posición. Es un patricio prestigiado. Los directores de la cosa pública lo estiman altamente. Recorre todas las oficinas, requerido por los jefes, sus ocupaciones son múltiples. Hace *La Gaceta*, dicta notas, escribe manifiestos, redacta periódicos, estudia expedientes y pronuncia discursos.

Cuando vuelven los partidos a trazar la paralela, marcha decidido sobre la línea conservadora. Es Presidente el General Tomás Martínez que le quiere bien y le proporciona los puestos más lucrativos. El régimen de Martínez procura el bien común y respeta las garantías. Los patricios que dirigen la política conservadora tienen un sano concepto de la responsabilidad, pero en el trato con los democráticos, perdieron el recto sentido de autoridad que les trazara don Fruto, quien supo cultivarla desde arriba y desde abajo, ordenando y obedeciendo. Sus herederos sólo la cultivan desde el mando y caídos se muestran inconformes y fácilmente subversivos. Rinden culto a la altanería en el poder que evita el personalismo, y

cuando Martínez la quebranta, excesivamente celoso el partido conservador le retira su apoyo, y sus hombres principales van contra el correligionario, camarada de tantas jornadas, y se lanzan al campo de la guerra, en estrecha compañía con Jerez. Don Anselmo goza del cariño de Martínez, al extremo que él mismo dice de su posición "Se me halagaba de mil maneras; como a un hombre de gran valía todo el que deseaba estar bien con el Mandatario, asegurarse en su puesto u obtener alguna colocación, solicitaba con empeño mi amistad, creyendo por este medio realizar su aspiración" Sin embargo, rompe lanzas contra la reelección, da la espalda a Martínez, y desde el palacio va al destierro, refugiándose en Costa Rica.

Por mi relato pareciera que se ha suspendido el curso de la existencia particular de don Anselmo, absorbida por su condición de hombre público. Pero ha vivido como todos los mortales, con su caudal de sentimientos, ilusiones, desengaños, alegrías y pesares. Su vida es pintoresca y despierta la tentación de novelar. Corre su edad en la década entre los treinta y los cuarenta años, que es cuando se alcanza el equilibrio viril entre el alma y el cuerpo. Es alto de estatura, espigado en el porte, muy moreno de color, de facciones correctas, con una frente muy amplia y una cabeza muy bien formada. Los amores con su primera esposa son un romance. En uno de sus viajes a San Juan del Norte, de que hablé anteriormente, trabó conocimiento con un matrimonio alemán que acababa de desembarcar, procedente de Koenigsberg. El matrimonio traía una hija de pocos años, delicada y muy bella. Los inmigrantes hablaban inglés, y don Anselmo pudo servirles de guía e intérprete durante la navegación hacia Granada, en donde permanecieron poco tiempo para seguir hasta Costa Rica. La niña se impresionó por la figura y trato del nicaragüense. Años después, cuando don Anselmo, disgustado con Martínez, caído y desterrado, llega a Costa Rica, fue a Cartago para ocuparse de director de un colegio. Caminaba sobre una de las calles de la vieja ciudad costarricense, cuando una hermosa señorita le quedó viendo con insistente curiosidad y notoria simpatía. Se reconocieron. Era la alemancita del Río San Juan. Ella le pidió que continuara enseñándole el español, cuyas primeras lecciones le diera sobre las ondas de nuestro lago, en las poéticas veladas de la navegación. Grande empeño debió poner en aquellas lecciones, porque concluyeron en noviazgo y casamiento. Ella era una delicada y alba flor de trasplanto. El idilio duró, a pesar de la disparidad de razas, hasta que le puso fin la muerte de la esposa. Al sostenimiento de ese idilio, nuestro moro contribuyó con la imponente seducción de su viril inteligencia, y la rubia con la tierna constancia de su rendido corazón.

Don Fernando Guzmán ha vuelto a reunir alrededor de la Presidencia al patriciado conservador, y en 1869 llama de Cartago a don Anselmo para confiarle un ministerio. Nuestro hombre adquiere ante el público la categoría del ministro por antonomasia de los tres gobiernos de Guzmán, de Cuadra y de Chamorro, que son los típicos del régimen conservador. Los Presidentes están acostumbrados a que don

Anselmo dé expresión literaria a sus pensamientos y resoluciones de Mandatarios.

Gobierna don Vicente Cuadra y ha quedado vacante el Ministerio de Relaciones Exteriores por la renuncia del doctor don Tomás Ayón. Principian a desenvolverse las relaciones de Nicaragua con las naciones de Europa y América. Don Vicente necesita llenar esa vacante con un hombre de talento y versación; porque como dice en carta privada "Existen muchas dificultades en esa Cartera, hay pendientes reclamos de gravedad y trascendencia por parte de varios gobiernos europeos, tenemos que hacer los primeros tratados de comercio y extradición, y hay además convenciones postales que sería útil y conveniente celebrar". No están bien las relaciones con El Salvador y Costa Rica. Ha surgido en el primero de esos países el partido del sacrificado General Gerardo Barrios, y guarda resentimientos a los nicaragüenses. Desde Costa Rica nos inquieta el General Guardia con sus gestos de dictador. El nuevo Ministro de Relaciones Exteriores deberá solucionar todos estos problemas. Don Vicente piensa en llamar a don Buenaventura Selva, el candidato liberal que se le opuso en las elecciones. Lo objetan los políticos de Granada porque no lo vería con buenos ojos el Gobierno de Guatemala, "en donde se tiene a Selva por hombre contrario a las ideas liberales". Algunos aconsejan que se nombre al General Máximo Jerez, pero por las mismas dificultades centroamericanas no inspira confianza el inquieto revolucionario. Consultado don José Joaquín Cuadra, hermano del Presidente, aconseja el nombramiento de don Anselmo. Don Vicente dice que a don Anselmo lo tiene ya con él, y que desea valerse de esa Cartera para llevar a su lado un nuevo colaborador, porque en Managua se siente solo, y "como gobernando desde un campamento". Además, escribe don Vicente en la mayor intimidad "No es occidental, se halla muy enfermo, y con su natural *inactividad*, temo que deje en pie las dificultades que ha venido sufriendo ese Ministerio". En el original la palabra *inactividad* está escrita sobre otra que fue borrada cuidadosamente. Por las apariencias, la primera palabra usada por don Vicente fue *pereza*. No es la primera vez que es motejado don Anselmo de perezoso. ¿Será verdad? Don José Joaquín, que le conoce mejor, porque es compañero en edad e inclinaciones, insiste en sus buenas aptitudes para el Ministerio, y triunfa. Tengo a la vista la correspondencia de los dos hermanos Cuadra sobre este incidente de la vida de don Anselmo. Su lectura interesa, y da la impresión de seriedad en el procedimiento que se seguía para elegir los funcionarios. Fácilmente yerra un hombre de acción cuando cree perezoso a un intelectual. El cuerpo permanece en aparente inactividad, pero la inteligencia se agita en la concepción de un pensamiento, y lucha, recogida y silenciosa, con el idioma para dar forma precisa a la idea, y cuando el observador cree que se retarda el discurso por abandono, tal vez es cuando se está en laboriosa gestación, o se batalla para perfeccionar y embellecer la obra.

Don Anselmo llega a la cúspide de su vida pública. Es el Canciller de los gobiernos de Cuadra y de Chamorro. Domina el Gabinete, obtiene triunfos y es

aplaudido En la administración de Cuadra, logra que Guardia venga a Nicaragua a la entrevista de Belén, en donde se soluciona pacíficamente el conflicto Va a El Salvador con el objeto de salvar al General Tomás Martínez, que está prisionero de los barristas y en peligro de muerte Procede con valentía y habilidad Borra los prejuicios contra el Gobierno de Nicaragua Consigue que la viuda del General Barrios, con una nobleza que admira, coopere en la salvación de Martínez El General Máximo Jerez le escribe en esa ocasión "Siempre lo encuentro a usted del lado de la generosidad"

Un incidente de poca importancia ocurrido con el Gobierno de Napoleón III, de Francia, le proporciona un triunfo literario y diplomático al Canciller El viejo Meinier, fabricante de chocolates en Francia, desea ser Ministro de Nicaragua ante su propio Emperador, Napoleón III, para gozar de las prerrogativas sociales del cargo El industrial francés posee una finca de cacao, colindante con "San Antonio" y "Las Mercedes", predios patrimoniales y solariegos de don Vicente Cuadra y don Pedro Joaquín Chamorro Además, es riquísimo y ama a nuestra Patria Don Vicente y don Pedro desean obsequiar al vecino, y don Anselmo pregunta a París si es grato, para extenderle las credenciales El Ministro de Relaciones de Francia contesta con una especie de suave reprimenda por lo insólito de proponer a un industrial, cuando debiera saberse que es imposible en el orden diplomático, que exige más alta categoría social para una representación ante Su Majestad el Emperador Don Anselmo replica con argumentos débiles en el orden técnico, pero con hábiles apreciaciones sobre la igualdad, ideal que Francia lanzó al mundo con el estrépido de una revolución, y que la joven Nicaragua recogió con fe y practica con sinceridad La nota del Canciller fue aplaudida en el exterior, y significó un triunfo literario e ideológico, porque nuestro hombre se deleitaba todavía en las ficciones de la democracia que domina el siglo XIX

En el período de don Pedro Joaquín Chamorro, con otra nota en que razona la actitud de Nicaragua no agresiva, pero valiente en la defensa de sus derechos, desvanece un grave conflicto centroamericano que su Gobierno afronta con energía En el malhadado asunto del reclamo alemán, que violó toda justicia, discute con serena dignidad frente a la insolente arrogancia del germano Es el tiempo en que dominaba en el mundo internacional la doctrina de Thiers, que colocaba en depresiva situación de semi-bárbaros a los países de la América Española, sujetos a sufrir sin protestas las llamadas *demandas de indemnización*, que debían ser ratificadas por la fuerza como casos de policía, sin tomar en cuenta la soberanía del Estado americano Nicaragua en su debilidad fue vencida sin pelear y humillada, despreciados sus tribunales de justicia, saqueado su tesoro, abatida su bandera, para establecer el derecho preferente del extranjero europeo en estos territorios en que habían surgido al mundo las nuevas nacionalidades, que no se quería dejar prosperar Los Estados Unidos que se habían proclamado por sí y ante sí en la Doctrina de Monroe los guardianes del continente, zafan el

hombro a Nicaragua, al negarse el Gabinete de Washington a servir de mediador El pobre Canciller, apoyado sólo en la debilidad de una nación incipiente e inérme, se esfuerza por contener los arbitrarios avances de una potencia que siente y practica el imperalismo agresivo, que inspira la conducta de Europa en los países hispanoamericanos, pero su nota circular a esos países, escrita en la angustia de la hora, es un elocuente grito de alerta, y un documento, muy honroso para Nicaragua, en que se sientan y razonan doctrinas equitativas sobre la responsabilidad de los Estados para con los extranjeros, que debían informar más tarde la tesis triunfadora del Derecho Internacional Americano

Por estos éxitos el público creía a don Anselmo un ministro omnipotente, árbitro de los destinos del país ¿Hasta dónde llegaba su influencia? Con facilidad se exagera el predominio de un intelectual que sobresale en un período determinado, laborando intensamente al lado de hombres de acción Los Presidentes a quienes sirvió don Anselmo eran verdaderos conductores de pueblos, que trazaban el rumbo, dejándole al colaborador intelectual la tarea de allanar el camino Su influjo recae más sobre la forma que sobre el fondo de los negocios El Mandatario da el color a la política, y al intelectual le toca dibujar los matices para que agrade a la generalidad En el consejo áulico no se acogen íntegros sus planes, pero da forma elegante al pensamiento propio disminuido o al entero pensamiento ajeno, para que penetre en el alma de la muchedumbre Sus notas son citadas en el exterior, las exposiciones de sus memorias llevan al público el concepto claro de la política gubernativa, pero la acción inicial no es suya, y su cooperación es recibida con medida Al final, su influencia recae más sobre los gobernados que sobre el Gobernante

Entre los ejercicios más pesados para la mente de un escritor, está el de expresar los pensamientos y sentimientos ajenos Operación de comprimir las propias ideas, para confundirlas en el pensar de otros Es el estiramiento o encogimiento de la propia dimensión para nivelarla con otra estatura, que al verificarse descoyunta una parte de la inteligencia Don Anselmo tuvo que sufrir esa tortura para su temperamento de artista, pero como lo hizo al servicio de hombres de Estado de recto criterio y honrado corazón, no pierde fama en la confusión que la historia puede hacer de sus opiniones y de sus sentimientos nacidos en la espontaneidad de su alma, con aquellos otros que fueron inspirados por su Jefe en el Gobierno

¿Por qué el General Joaquín Zavala, más que sucesor heredero de don Pedro Joaquín en la Presidencia, prescinde de don Anselmo en su Ministerio? ¿Sería porque piensa que el Estado evolucione hacia novedades para las cuales puede ser una rémora el Canciller, acostumbrado al ritmo prudente de las administraciones de Cuadra y Chamorro? Zavala había sido aficionado a las letras, con muy buenas aptitudes en sus años mozos, y concurría con don Anselmo a las tertulias intelectuales del tiempo de don Fruto Parece natural que buscara la colaboración de su antiguo amigo y colega Aunque tal vez por eso mismo de sus aficiones y aptitudes literarias, re

huía la cooperación de quien era tenido en el público por pluma obligada de los Presidentes no letrados. Es el caso que don Anselmo no vuelve desde entonces a figurar en el consejo áulico de los mandatarios conservadores. ¿Cómo recibió en su corazón ese alejamiento? ¿No podría explicar ese agravio de su espíritu la facilidad con que resbalaba hacia la vehemente oposición, que es la nota predominante de su labor periodística? Y dado su ascendiente de publicista en el patriado de Granada, ¿no sería parte importante para animar el espíritu levantisco del partido conservador, que es una de las paradojas sentimentales de la política nicaragüense? La causa de muchas rutas seguidas por las naciones en su historia, está muchas veces en las cosas ordinarias del alma de los hombres extraordinarios; pero qué difícil es percibir las vibraciones íntimas de esa alma cuando ya la cubren la muerte y la celebridad.

El distanciamiento de don Anselmo en los últimos períodos conservadores, es amistoso con Zavala, frío con Cárdenas y de franca oposición con Carazo y con Sacasa. Libre su pensamiento de las trabas de una posición oficial, corre suelto por el campo de su vocación, que es el cultivo de las letras, aunque siempre lo tira de la rienda el ser verbo de un partido político, en el periodismo y en el parlamento.

Durante todos esos períodos representó en el Congreso al conservadurismo tradicional, usando en las discusiones toda la gama de la oposición, desde los tonos suaves y benévolos, hasta los altos y hostiles al Ejecutivo. Era elocuente, ¿y cuál era su elocuencia? La obra del orador no perdura en su integridad, porque se forma de varias emanaciones de la persona, que sólo pueden ser apreciadas por el espectador de vista y oído. Al triunfo del orador contribuyen no sólo el pensamiento y la frase, sino también el gesto, la elegancia y la figura valorada por la impresión que causa en el público. Dos veces oí hablar a don Anselmo. Era un anciano y yo un adolescente, y esas dos circunstancias pueden afectar mi juicio, pero al reproducir en mi memoria los actos de aquellas dos oraciones suyas, me parece que carecía de las condiciones de un tribuno, pero que hubo de tener grandes aptitudes de orador parlamentario. Su prestancia, la soltura de sus modales, el tono de su voz, el énfasis de sus oraciones y el poderío de su lógica, me hacen creer que fue formidable en las discusiones del Congreso. El doctor Alfonso Ayón presenció un acalorado debate en el Senado entre el General Máximo Jerez y don Anselmo. Tenía éste cincuenta años, es decir, estaba en la mayor pujanza de su personalidad intelectual. El doctor Ayón hace una admirable pintura del choque de aquellas dos mentalidades, representativas genuinas del antagonismo histórico de los partidos políticos que se han dividido la opinión pública de Nicaragua. El doctor Ayón se expresa así de don Anselmo: "Su razonamiento era claro, reposado y metódico, su estilo fácil, elegante, y a las veces pomposo, su dicción, tersa, de corrección intachable, como de quien domina a maravilla el idioma. Al final de cada uno de aquellos períodos largos, armoniosos y

bien contorneados, el orador daba a su acento cierto timbre como metálico, que quizás no habría sido de muy buen efecto en una oración académica, pero que se avenía perfectamente con el carácter impetuoso y en cierto modo marcial de la oratoria parlamentaria."

Los políticos hispanoamericanos no saben quedarse quietos en la postura de caídos, y esa inconformidad, que es característica de la raza, ha sido una de las causas de sus vicisitudes. Un filósofo moderno dice que la América sajona no ha estado ni mejor ni peor gobernada que la América Latina, y que la clave de sus éxitos de paz interior y progreso continuo reside en la paciencia de su pueblo para soportar los malos gobiernos y esperar la época oportuna de liquidar su administración. En el partido conservador ha predominado la inquietud por sobre sus innegables virtudes de honorabilidad y patriotismo. Su impaciencia se manifiesta en una exacerbación del sentido crítico que lo torna reparón con la conducta aún de los gobernantes que profesan su credo. Fácilmente se excita a la primera queja, es exigente y con presteza se lanza a la oposición. Colocado en ese terreno ha sido terco y agresivo. Don Anselmo capitaneó en el Senado al grupo conservador que se colocó en esa actitud en contra de la administración del doctor don Roberto Sacasa. Eran once los senadores, entre ellos dos ex-Presidentes, todos hombres caracterizados, serios, ilustrados, de gran posición social y política. Formaban la mitad del número total de senadores, constituyendo una obstrucción para el desenvolvimiento de la política del Ejecutivo. Allí lució don Anselmo sus habilidades de orador combativo, ardiente y repentista. Las frases breves y cortantes con que hería al adversario han quedado como apotegmas en nuestra oratoria parlamentaria. El doctor Sacasa había despertado, con el anuncio de su reelección, la intransigencia de don Anselmo y de los suyos, que rendían culto a la alternabilidad en el poder, como al principio máximo del programa conservador. La cuerda se puso tensa entre el Ejecutivo y la oposición del Senado, y Sacasa, perdidos los bártulos, resolvió cortarla expulsando a don Anselmo y al General Joaquín Zavala, que eran los senadores más temibles, por la elocuencia de sus palabras y por el prestigio de su personalidad.

Llegó otra vez don Anselmo a Costa Rica, refugio de los políticos orientales de Nicaragua en sus viajes obligados de opositores. La situación siguió cada vez más agitada. El partido conservador descendió al campo vedado de la conspiración, y en hora nefasta decidió lanzarse a la revolución, levantando la compuerta, que con tantos trabajos él mismo construyera para contener la corriente de la demagogia, que había inundado y encenagado la primera época de la República. Don Anselmo desaprobó la sublevación del 28 de abril de 1893, en una carta que escribió desde Costa Rica, y en la cual vaticinaba la anarquía o la tiranía, como resultado de la guerra civil. El partido conservador resurgió por un momento a los poderes públicos, pero como llevaba en su organismo la paradoja de ser conservador y revolucionario, tuvo que sucumbir a la tempestad que él mismo desatará, para

ceder el paso a su rival, revolucionario por la esencia de sus principios netamente liberales. Don Anselmo vio con la claridad de su talento el abismo, pero no tuvo la energía de tirar la rienda de su partido para detenerlo al borde. Su personalidad gozaba de suficiente prestigio para imponer su criterio a los tenientes de don Fruto, que habían olvidado las sanas doctrinas de lealtad militar y de subordinación a la autoridad legítima. ¿Por qué don Anselmo no tuvo ese gesto? ¿Le faltaría el ímpetu de la voluntad imperativa, que se necesita para dominar? Sea cual fuere la causa de esa omisión en la conducta de don Anselmo, es indudable que si procede a imponer su pensamiento, hubiera salvado a su patria y alcanzado en la historia la categoría indiscutida de grande hombre de Estado que, según definición de Valera que él mismo cita en uno de sus editoriales, "es, en otras más dichosas naciones, el apoderado de la mayoría del pueblo, o por lo menos, del partido más brioso y predominante es el ejecutor de los proyectos y planes de ese partido, el que tiene el deber de dirigir los públicos asuntos, según leyes y principios cuya persistencia en la historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor, para oponerse a novedades extrañas, sin cesar ni pararse por eso"

El hombre es un gran complejo en el cual cuesta desentrañar las raíces de la vida, y separar el producto espontáneo de las potencias de su alma de lo que ha sido superpuesto en su individualidad por obra del mundo exterior. De sus acciones y direcciones muchas son ejecutadas y seguidas sin un propósito original de su inteligencia o de su corazón. Don Anselmo fue político aplaudido, canciller elogiado, parlamentario temido, pero a todo eso lo condujo una fuerza que no partía de las interioridades de su ser. En esos escenarios luce su figura lo suficiente para satisfacción de la vanidad, pero por mucho que brille ante la admiración del público, en sus operaciones se percibe cierta deficiencia. En la gobernación, por ejemplo, carece del don de mando, que es cosa muy natural en los Presidentes Cuadra y Chamorro, y en lo administrativo, no tiene método para las secuelas del negocio público. Pero cuando se entrega a las labores de publicista sus capacidades rebasan la copa para derramarse en una excelente prosa por el campo variado del periodismo. Está en su verdadera vocación, para la cual le dio Dios las cualidades preclaras de ingenio y de carácter. Todas las líneas voluntarias de su conducta concurren al sostenimiento de esa vocación cuando estudia, lo hace con el fin de ser un buen escritor, en lo político, prefiere sobre la acción la exposición de las ideas. Lejos de los gobiernos, su alma se siente muy superficialmente contrariada, pero en el fondo goza al sacudirse el polvo de las oficinas, y al entregarse por entero a la literatura. Si en Nicaragua hubiera casas editoras que facilitarán la publicación de libros, de seguro se hubiera dedicado al ensayo filosófico e histórico, pero hubo de recortar sus vuelos para encerrarse dentro de las dimensiones del periodismo que era la oportunidad ofrecida por la cultura nacional. En 1857 fundó su primer periódico semanario, *El Centroamericano*, que dura hasta 1863, que

hubo de suspenderlo por su emigración a Costa Rica. Vivo todavía *El Centroamericano*, que es editado en Granada, en el año de 1861 fundó en Managua *La Unión de Nicaragua*, semanario también. Redacta a la vez los dos periódicos, y tiene la habilidad de dar a cada uno de ellos tono diferente. En 1880, cuando se aleja del Ejecutivo, revive *El Centroamericano*, siempre semanal, pero más serio y mejor presentado. En él escribe editoriales de gran aliento en que comenta los asuntos y filosofa sobre las cosas del pasado, del presente y del porvenir.

Como publicista nato todo lo mira por la faz que puede ser aprovechada como tema. Sueña en ser propietario al primer año de prosperidad, pero no vuelve los ojos a la tierra, que es el atractivo mayor del nicaragüense por el atavismo de terratenientes que nos viene de los colonizadores, sino que los fija en una imprenta, porque sus ilusiones le dicen que es el instrumento que necesita para producir riqueza. Logra ser señor y dueño de un taller completo; pero no se encierra en el uso egoísta de la propiedad, sino que la abre a la juventud como la casa de la intelectualidad. Así llega donde él Rigoberto Cabezas, joven de ambición y de talento, y tratan del proyecto de editar el primer diario en la República. Para hacer la empresa durable e independiente, lanzan acciones al público, que son suscritas en el acto por Chamorros, Cuadras, Lacayos y demás correligionarios ricos. Mejora notablemente la imprenta con abundancia de moldes, y prensas nuevas que permiten el tiraje de una edición numerosa. El periódico es llamado *Diario de Nicaragua*, y merece el nombre porque es el único que campa todas las mañanas por las calles de Granada, para salir después camino de las otras poblaciones a esparcir ideas expuestas en la prosa clásica y elegante de don Anselmo o en la vibradora e inquietante de Rigoberto. Pero estos dos sujetos no caben en la misma redacción, porque a pesar de una buena amistad, brota entre ellos el antagonismo político. Rigoberto se separa de la empresa, y el *Diario de Nicaragua* se convierte en *El Diario Nicaragüense* en cuyas columnas don Anselmo derramará por años la sal de su talento.

Es inagotable la diligencia de don Anselmo en esa época para tratar temas diversos, con variedad de géneros literarios. Sus editoriales son verdaderos ensayos, en que exhibe profundidad de conceptos expuestos en un estilo elegante, suelto, castizo y ameno. Gusta de la polémica, en la cual se ejercita con frecuencia tanto por su espíritu combativo, como por ser objeto de la contradicción agresiva de los adversarios de su partido, dentro y fuera de Nicaragua. Admira, como resultado de la educación literaria clasicista que tuvo en su juventud, el hecho de que este hombre tan vehemente, pueda, sin embargo, mantener en la discusión sólo el uso de frases ponderadas y de un estilo limpio y sereno. Tras el seudónimo practica la sátira, pero su ironía es superficial, benévola y hasta risueña, no tiene el sabor amargo de la de su colega don Enrique Guzmán, el crítico más temido de la literatura nicaragüense.

El Diario Nicaragüense es el periódico que ha alcanzado mayor reputación literaria, y tenido más influencia social en Nicaragua. No era el concepto del periodismo de aquella época igual al de ahora en que predomina el sentido económico, o mejor dicho, el comercial, que hace consistir la razón del éxito en el modo de recoger, confeccionar y exponer las noticias, como si fueran mercaderías, que han de entrar más por los ojos que por la inteligencia al gusto del consumidor. En el periódico de entonces la noticia tenía un valor secundario ante la exposición del pensamiento y de la doctrina, y ante la habilidad de difundirla y el valor literario de la exposición. *El Diario Nicaragüense* no fue superado en Centro América en ese modo del periodismo. Las puertas de su casa eran vistas por la joven intelectualidad como las de una academia en que se fijaba y limpiaba el idioma. Cuando don Enrique Guzmán se agregó a don Anselmo en la redacción, llegó a tenerse a ésta como un areópago que consagraba reputaciones en la literatura patria. Publicar en *El Diario Nicaragüense* sus artículos, era la ambición de los jóvenes escritores, y en sus columnas se hallaban las firmas de los literatos más ilustres del país.

Los productos de la empresa no andaban, sin embargo, a la altura de la fama. El dueño era demasiado imprevisor, desordenado y generoso para hacer producir un negocio aunque fuera numerosa la clientela. Pero vino a Nicaragua un joven hondureño, don Francisco Cáceres, y sin más mira que la de protegerle en su emigración de político derrotado, lo llamó don Anselmo a la administración del periódico. Fue un acierto, porque desde que don Francisco puso mano en el manejo, principió la prosperidad en la casa. *El método trajo ganancias y holgura. He tenido a la vista la liquidación de un solo mes de las cuentas de El Diario Nicaragüense, y por su parte le entraron a don Anselmo más de setecientos pesos. Pueden no haber sido iguales todos los meses del año, pero en todo caso creo que ningún periodista de hoy, que las comunicaciones permiten mayor circulación en la República, y que prevalece más el espíritu comercial, pueda, sin embargo, gozar una cifra semejante como utilidad mensual.*

La literatura de don Anselmo floreció también en el cultivo de la historia. No fue un paciente investigador que busca en los archivos la verdad de una antigüedad remota, sino un cronista que relata de manera agradable los acontecimientos que ha presenciado, los hechos de individuos que conoció de vista, y el pasar de cosas que tocó con sus manos, y cuando más, se extiende a referir lo que oyó a personas mayores, con quien trató en sus mocedades, sobre acontecimientos de que fueron testigos presenciales. Gusta de llevar la tradición al conocimiento de la gente joven, y ensarta los sucesos de tal manera admirable en el hilo de su relación, que los actualiza sin quitarles el polvo del pasado que les da el prestigio de la experiencia. Su comentario es breve y donoso. Se apasiona —Eugenio D'Ors dice que la inteligencia es una función apasionada—, pero no pierde la serenidad, y su

juicio es casi siempre certero. La participación directa en la cosa pública, le hizo conocer las interioridades, y visitar los bastidores de la política, y allí adquirió la facultad de calar las acciones para conocer la intención de los hombres que las ejecutaron. Su estilo es comedido, nada sentencioso, rehuye pronunciar juicios categóricos, y se conforma con insinuar discretamente su parecer. Es, sin disputa, uno de los grandes cronistas de Hispano América. Como Bernal Díaz del Castillo, el cronista soldado que vivió y relató la conquista de México, él cuenta los sucesos de un período intensamente doloroso, que vivió junto con sus mayores y sus iguales, sufriendo las contingencias de un país convulsionado e invadido. Es tal su inclinación a la crónica que muchos de sus artículos, escritos sin intento de relatar, improvisados en los afanes de la redacción cuando los impresores piden material, sus editoriales políticos, y aun la prosa jugetona de sus seudónimos, le resultan al final crónica vivida, relato lozano de lo reciente y glosa humorística de lo sucedido.

No es posible hacer con acierto, en estos apuntes biográficos, un extracto de la doctrina teórica y fundamental de su obra de pensador, porque está disuelta en la profusa literatura de sus artículos, en los cuales trató, sin eslabonarlos, diversidad de temas, dilucidó diferentes materias, impresionado por las realidades de una actualidad, que afectaban sus opiniones y sentimientos porque eran también realidades de su propia vida. Pero siguiendo la veta de su pensamiento entre el abundante material, me he convencido de que profesaba un eclecticismo elegante parecido al de Cánovas del Castillo, de quien era admirador; eclecticismo que predominó como filosofía de la historia entre los pensadores del tiempo fácil de la Restauración en España. Era católico, la fe tenía raíces profundas en su corazón, pero su mente hacía frecuentes concesiones al racionalismo político, base filosófica del liberalismo. La cuestión social no emocionaba al público entonces como ahora, pero se manifestaba ayer como hoy en los más graves asuntos de la política nacional, frente a ellos don Anselmo no da importancia a la economía política, y se atiene a la fórmula del liberalismo romántico que sostenía a la libertad como la solución de todos los problemas económicos y sociales. Cree en el perfeccionamiento de la democracia por la práctica del sufragio universal, que espera se purgará de sus innúmeros fraudes en virtud de su propio ejercicio. Y confía la evolución de la República, en el sentido de ese perfeccionamiento, al mando de la oligarquía honorable formada por el patriciado republicano, y que se debía envolver en una discreta demagogia, a la cual le sería permitido agitarse cada cuatro años para la renovación del supremo mandatario, y como un recurso contra el cesarismo democrático, que es el mal que aflige a los países hispanoamericanos, en forma de dictaduras prepotentes, levanta la alternabilidad en el poder como el principio central de su teoría de gobierno. En fin, como político teórico era lo que se llamaba en el siglo XIX un conservador liberal.

Es una ilusión peligrosa creer que la demagogia puede caminar a media rienda. A lo mejor se desmanda y arrolla a los partidos y al Estado en su carrera. El movimiento del 28 de abril fue la oportunidad para que se precipitara, produciendo la caída definitiva del régimen semipatriarcal de los Treinta Años. Surgió como consecuencia natural el cesarismo democrático. El General José Santos Zelaya ejercía una dictadura irrestricta, que no podía soportar la libertad de imprenta, y trató desde sus comienzos con hostilidad a don Anselmo, como el publicista más caracterizado del régimen destruido. *El Diario Nicaragüense* fue estrechado por continuas restricciones e imposiciones. En los primeros años procuró su director mantener el periódico dentro de una oposición moderada, adaptándolo, hasta donde lo permitiera la dignidad, al pesado ambiente dictatorial, tan distinto del suave y tolerante en que había nacido a la publicidad. Cuando se escribe en esos medios restringidos, aunque parezca extraño, gana el estilo pureza y se hace más flexible, por la habilidad que tiene que desarrollar el escritor para decir las cosas de tal suerte, que puedan ser comprendidas por el lector, sin provocar la ira del poderoso. No ha sido bajo el imperio de la libertad cuando han florecido las más hermosas páginas de la literatura universal. Lo que escribió don Anselmo bajo aquel ambiente de plomo es más persuasivo en el discurso y ágil en la dicción, porque meditaba cada palabra y cada frase antes de trazarlas en la cuartilla.

La persecución aumenta por parte de la dictadura y se agudiza la oposición del partido conservador. Lucha terrible para el país, en que sucumbe *El Diario Nicaragüense*. El dictador no toleró más su publicación. Don Anselmo sufre hondamente cuando se le impone silencio, y para consolarse y activar sus talleres, los arrienda para la edición de periódicos ajenos, en los cuales colabora de incógnito. Esos diarios son de efímera existencia, porque mueren al menor deslizo de las plumas que los escriben.

Las influencias de la dictadura son trastornadoras, y todo cambia con rapidez en la política y en la sociedad. La tranquilidad es desconocida, porque no dan tregua ni descanso al país, el dictador con sus persecuciones, y sus enemigos con las revoluciones. Las mutaciones en el partido conservador han sido radicales en los métodos y en los personajes. Los compañeros de don Anselmo, los envejecidos tenientes de don Fruto, han muerto unos, otros están desterrados, los demás están alejados, y todos han sido sustituidos en la dirección del partido por una juventud que no conoce de cerca el gobierno en ninguno de sus poderes, y que ha forjado su mente en la indisciplina de las prisiones, de la conspiración y de la rebelión. Se acongojaba el anciano al contemplar cuán fácilmente había sido destejida la tela que con ímprobo trabajo logró tejer su generación.

Permítaseme que desde aquí en adelante siga en estos apuntes el hilo de mis recuerdos personales. Don Anselmo es siempre el eje del movimiento intelectual de Granada, con repercusiones en toda la Re-

pública. En el último año del siglo XIX, varios jóvenes estudiantes que le visitábamos con frecuencia, estimulados por él, decidimos publicar en su imprenta una hoja llamada *El Periódico*. Principió siendo semanal y después la convertimos en diaria. Sujetos a la censura, teníamos que orillar mil obstáculos que nos ponían las autoridades. Allí publiqué mis primeros ensayos literarios. Don Anselmo y don Mariano Zelaya Bolaños eran nuestros guías y consejeros. Ellos daban interés al periódico. Esos días fueron de gran tristeza para don Anselmo, y sin embargo, yo los recuerdo como tiempo alegre. Las mismas cosas tienen diferente color a la luz de la tarde, en que todo palidece y defallece, que a la rosada luz de la mañana, propicia al regocijo y a las ilusiones. Desde entonces mi amistad con él fue estrecha, mantenida por su benévolo acogimiento y por mi adicta admiración. Esas relaciones me permitieron contemplar muy de cerca la última evolución de su espíritu selecto.

Muerto *El Periódico*, le notificó la autoridad a don Anselmo la prohibición de imprimir ningún otro diario. No se resignaba a dejar vagar a su imprenta y a su pluma. Se dedicó a traducir obras nuevas de idiomas extranjeros, para editarlas por entregas mensuales. Así tradujo del inglés y publicó la obra "De Esclavo a Catedrático", de Bucker T. Washington, e hizo una traducción en prosa del "Cyrano de Bergerac", de Edmundo Rostand. Las entregas eran leídas con agrado por el público. En Granada había entonces más entusiasmo por las letras y se ayudaba con mayor generosidad a los que las cultivaban. Pero la mano pesada cayó también sobre los talleres, y se quedaron inactivos, empolvándose las letras en sus moldes, ensarrándose los resortes de las máquinas, mientras su dueño soportaba entristecido el silencio obligado, que tal vez dejaba inédita en su cerebro la mejor de sus obras, la hija última de una gran inteligencia aleccionada por la experiencia de una larga vida. Lástima que la dictadura no hubiera permitido siquiera la dosis de libertad necesaria para que pudiera escribir las ideas abstractas, nacidas en la meditación de aquellos años, porque conoceríamos hoy la filosofía que dedujo de los propios dolores y desengaños, que tanto enseñan, de los grandes infortunios de la patria, de la esterilidad de las pasiones partidistas y la fecundidad del patriotismo auténtico, y de la debilidad de los esfuerzos humanos cuando no son sostenidos por la gracia de Dios.

Varias veces oía en aquel entonces el pensamiento vulgar de que don Anselmo se había sobrevivido. Tal vez yo mismo acogí ese concepto erróneo y materialista de la vida, en mi criterio de joven. Los años en que el hombre maduro de entendimiento por la experiencia, voluntaria o forzosamente, se aleja del maremagnum de los negocios públicos, y puede entregarse en el recogimiento a meditar sobre lo que ha visto y ha sufrido, sobre lo difícil que es acertar con la clave del bienestar de los pueblos, sobre la dificultad con que se avanza y la facilidad con que se retrocede en la organización de las naciones, sobre las ilusiones pasajeras de lo terreno, y sobre la esperanza perma-

nente de lo divino, son años con que Dios obsequia a sus escogidos, para que se eleven sobre las miserias humanas, y se espiritualicen, alzándose sobre lo transitorio y caduco, para buscar el contacto con lo Absoluto. Hermosa figura la suya en ese tiempo. Noble anciano, sufre con dignidad y en silencio adversidades y miserias, y las aprovecha para esa elaboración del propio espíritu, que no termina sino con la muerte.

No se crea que su vida es la de un anacoreta. Vive rodeado de los hijos de las dos esposas que vio morir. Es maestro. Enseña literatura y francés en el Instituto y en el Colegio de Señoritas que dirige su hija Francisca. Cuando no está perseguido, frecuenta las tertulias y asiste a las reuniones de la buena sociedad. El pozo de fe viva que guardara en el fondo de su alma, lo hizo retornar a la plenitud de las creencias y prácticas religiosas. Ilustrado, expansivo y amenísimo conversador, se forman corros a su alrededor para escucharle. La pobreza le oprime, pero no le deprime. Goza de una prestigiosa posición social. En el penúltimo año de su vida, cuando cumplió los setentecincos de edad, o como decía él, cuando cayeron sobre sus hombros tres arrobos de años, estando caído, casi proscrito en su propia patria, tuvo la satisfacción, quizás concedida sólo a él en Nicaragua, de recibir el homenaje clamoroso de toda la sociedad nicaragüense. Lo iniciaron los elementos sociales de Granada, y correspondió el país entero, sin distinción de colores políticos, cosa de milagro en aquella época en que dividía a nuestra sociedad el rencor implacable y partidista. Por su casa pasaron el día de festejo conservadores y liberales eminentes, damas distinguidísimas, bellas señoritas, obreros, estudiantes, para unirse en el obsequio y en el aplauso. El viejo roble, que había sido sacudido tantas veces por los vientos inclementes, lloraba mecido al soplo de la brisa del afecto y de la admiración.

Muchas veces pedimos sus amigos jóvenes a don Anselmo que escribiera sus memorias. No se negó de manera rotunda, pero siempre lo dejó para más tarde, eludiendo trabajar para la posteridad. ¿Cuál sería la causa de su renuncia? ¿Le sería muy doloroso investigar la verdad removiendo su propia vida? ¿Se sentiría demasiado desilusionado de la comprensión del público y del valor del esfuerzo literario? No lo sé; pero es una lástima, porque indudablemente su autobiografía hubiera sido una provechosa enseñanza para las generaciones venideras.

Cuando estaba ya postrado en el lecho con su última enfermedad, le visitábamos con frecuencia varios jóvenes que le éramos muy adictos. Nos relataba pasajes de su vida y sucesos que había presenciado, y sobre los cuales no había escrito. Nos mostraba los caminos de sus triunfos y las veredas de sus fracasos. Qué poderosa mentalidad la suya! Recuerdo que una tarde le hallamos leyendo en inglés a su hijo Anselmo el *Hamlet* de Shakespeare. Para recibirnos interrumpió la lectura. La conversación recayó sobre un pasaje del drama y para complacernos nos tradujo la escena del cementerio. Nos impresionaba ver y oír aquel anciano rendido al padecimiento, traduciendo y leyendo con elegancia, cual si estuvieran escritas en buen español, las desconsoladoras frases del dramaturgo inglés sobre el misterio pavoroso de la tumba. Le escuchábamos llenos de recogimiento y tristeza, cuando con voz lenta y cansada, pero clara, leía las amargas reflexiones de Hamlet, que a nuestros oídos sonaban, como si el Príncipe las pronunciara frente a un sepulcro abierto en el cementerio de Granada. "Alejandro el Grande murió, Alejandro Magno fue sepultado, Alejandro poderoso se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro."

Cerró el libro el anciano, caló nuestra melancolía con su mirada lánguida de moribundo, sonrió plácidamente, se tocó el pecho con mano temblorosa, y nos dijo:

—Pero hay algo aquí que no se hace tierra.

Pocos días después, el 7 de mayo de 1904, la República se conmovió con la noticia de su muerte. Dios le había concedido tiempo para prepararse, y recibió con humildad y con fe los auxilios de la religión. El día de su entierro fue un día memorable para la ciudad de Granada. Volvieron a reunir todas las clases sociales en torno de su persona, pero estaba fría y sumergida en el eterno silencio. Le ví muerto, su figura era siempre de prócer. Frente a su cadáver recordé la escena de Hamlet en el cementerio. En su fisonomía, sobre la cual la muerte había impreso su austeridad, no tenían cabida las interrogaciones de la duda y del pesimismo del Príncipe dinamarqués, sino que se leían en ella dos afirmaciones: la del destino cumplido y la de la Verdad Absoluta, que vislumbrara su alma en las horas buenas de meditación y oración.

CARLOS CUADRA PASOS